

El amor a la verdad

Varias revistas de cultura se han hecho eco estos últimos meses, de la exhortación del Sumo Pontífice, contenida en su primera Encíclica: amor a la verdad. Con esta ocasión ha vuelto a plantearse un tema que siendo antiguo, será siempre nuevo: Tampoco faltan — ha dicho — los que, si bien no impugnan de propósito la verdad, adoptan, sin embargo, ante ella, una actitud de negligencia y sumo descuido, como si Dios no les hubiera dado la razón para buscarla y encontrarla. Tan reprochable modo de actuar conduce, como por espontáneo proceso, a esta absurda afirmación: todas las religiones tienen igual valor, sin diferencia alguna entre lo verdadero y lo falso.

Son muchos los factores que intervienen en esta actitud de crisis; uno de ellos es sin duda el avance de la problemática. A medida que avanza la crítica, a medida que se descubren nuevas zonas por explotar, siente el hombre que "aquella" actitud espontánea que tenía antes, ha de ser perfeccionada; entonces corre el peligro de sentir vértigo y despeñarse en el "tanto da", "todo es igual".

Si no está movido en sus íntimos resortes por el amor a la verdad, y amor llevado a un grado muy subido, fácilmente tomará diversas posiciones, que son siempre en el fondo un modo fácil de esquivar el problema. Tal es la actitud que consiste en entronizar como definitiva la búsqueda, la indecisión, la incertidumbre, la problemática; entonces lo que es medio se convierte en fin; y de ahí finalmente se pasa a conceder los mismos derechos a un aserto que a otro, a la verdad que al error. No se estudia ni se separa bastante la actitud moderada de respeto hacia aquel que va equivocado, en la *hipótesis* de que haya diversidad de pareceres (actitud que es sencillamente caridad cristiana), no se separa, de la posición que convierte esta hipótesis en *tesis* definitiva: "todo es igual, lo mismo da una cosa que otra, hemos de comprenderlo..."

«Comprenderlo», es decir, colocarnos con simpatía en su interior, a fin de *nunca imputar lo que no es*, y a fin de defender todo lo que realmente es *defendible*. Eso sí, eso es caridad cristiana.

También *explicarnos* aquello que no podamos aprobar: decimos por ejemplo en catalán hablando de alguien que ha caído en graves desórdenes: no lo apruebo pero *me lo explico*, es decir, comprendo, tomo nota, me hago cargo, de todos los factores *atenuantes* que hay en una culpa o en un error, que rechazo como culpa o como error.

Todo esto está muy bien. Lo que no lo está es un *mutismo sistemático* en lo que se refiere a *ciertas zonas de verdad*, que no tiene nada que ver con el acto caritativo de decir en tales circunstancias provisoriamente sólo aquello que entonces se puede asimilar, sino que es un callar *siempre* o casi siempre, tales y tales verdades, para congraciarse así a los de actitud adversa, o para capitular ante el moderno ídolo de la *moda intelectual*, este Moloch de «todos lo dicen», «todos le tendrán por anticuado», como razón suprema ante la cual ya no se tienen en cuenta los derechos de la verdad. Con esto sucede que una verdad siempre callada o también una verdad siempre tratada de paso y como en apéndice, finalmente es despreciada y otras veces desconocida. Quien procede así, no tiene un verdadero amor a la verdad.

En el «Pórtico de la Gloria» de Santiago de Compostela, en el pórtico del Monasterio de Ripoll, como en las estatuas de la Catedral de Reims, hallamos esculturas afiligranadas, a veces dotadas de un gran poder de expresión, otras veces con una gracia sin par, frecuentemente con vestigios de genio artístico. ¿Quién fue su autor? Muchas veces no conocemos a su autor; no dejó vestigio. Le interesaba «la obra», no el propio pedestal por haberla ejecutado. Volvamos la imagen de alabastro y hallaremos que la cabellera por detrás de la cabeza, allí donde nadie la verá, porque ha de estar la estatua en una hornacina, ha sido labrada con el mismo cuidado del pulcro cincel, que en la escultura del rostro. El artista medieval cuando trabajaba, con frecuencia pensaba más en la perfección de la obra, que había de ser excelsa, que en el sujeto que la cincelaba. Este había de quedar en el anonimato.

Lo mismo sucedía con el pensador, el filósofo y teólogo. Naturalmente, no siempre, ni con todos en igual grado, pero frecuentemente el filósofo escolástico, si descubría algo, era para depositarlo con veneración en el acervo del patrimonio común de verdad, que iba a transmitirse a la generación siguiente, como con veneración lo recibió de la anterior. Y así, dentro de una gran variedad de sistematizaciones, escuelas y soluciones, había un tesoro colectivo de verdades fundamentales, que duraban a través de los siglos.

¿Pasa así hoy día con los que descienden de aquella corriente que creyó una gran conquista exaltar al individuo? Exaltándolo sobre medida, le ha hecho perder sus más preciados valores, y lo ha hundido como hombre. Recuerdo que hace unos años me dijo un francés hablando del idealismo de León Brunschvicg: su filo-

sofía ha nacido con él, con él vive y con él morirá. ¿Qué sistema filosófico hay que *pretenda* permanecer siquiera veinticinco años? Si algo queda es únicamente el haber sido vehículo, o bien para una futura reacción radicalmente opuesta, que lo destruirá, o para un punto de partida que se arrumba sin atención: pero ¿se pretende la variación sólo para corregir los errores que se descubran y aportar así con un mayor perfeccionamiento, algo más a un acervo común de verdad, o se pretende el deslumbrante pedestal de un momento?

Sin embargo el amor a la verdad es lo más noble en el hombre, junto con el amor al bien. Así como en nuestro cuerpo radican los cinco órganos corporales de los sentidos y son como las ventanas por donde nos abrimos al mundo material de los colores y sonidos, de los aromas y de las formas, de los gustos y de las distancias, así nuestro espíritu tiene sus potencias, que son como sus ventanas abiertas al ser: el ser se abre desplegando su inmensa «variedad unitaria» con una maravillosa «unidad múltiple», y si queremos *someteros al orden del ser* en nuestra investigación, en vez del gesto prometeico de rebeldía, entonces con la verdad de la mente y con el amor del corazón al verdadero bien, se expandirán nuestro ser en esta ontogenia que es el drama y sentido íntimo de la vida humana, lanzado a afianzar y conquistar su ser, porque verdad y bondad están radicalmente enlazadas, como lo están el entendimiento y la voluntad, en la conquista del Ser, con mayúscula, a través de todo vestigio suyo en cualquier ser.

Decididamente, nuestro mundo moderno ha cultivado mucho la sumisión a lo «experimental» del ser, para triunfar así en la técnica y poseer un bien «útil»; pero no ha desarrollado paralelamente lo bastante la sumisión a lo «fundamental» y «más íntimo», para poseer el bien «honesto», aquel que perfecciona la naturaleza, en cuanto tal. Por esto la llamada a la verdad, el amor a la verdad, ha resonado oportunamente una vez más a los oídos de todos los filósofos, que al cabo esto es ser filósofo, «amar la sabiduría», que está encima y más allá de toda «ciencia».